

CRITICA

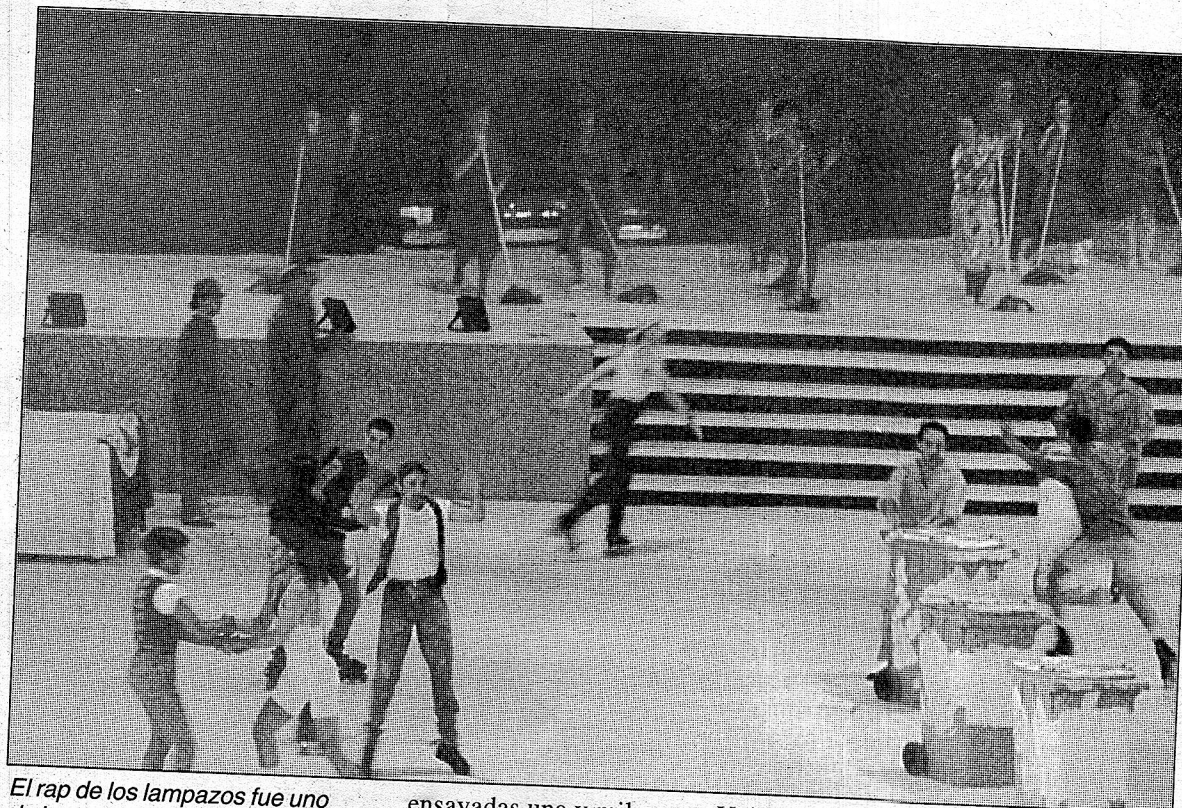
Vendimia del séptimo arte

Por FAUSTO J. ALFONSO
De la redacción de UNO

Y pasó otra Vendimia más. Parece mentira. Cuando en atentos y memoriosos la huella de algún tractor amarillo modelo '94 todavía no se diluye, la fiesta magna de los mendocinos volvió para el rito de los abonados y el rictus de los desencantados. Las dos consecuencias de todo hecho artístico, aquí y en Zimbabue.

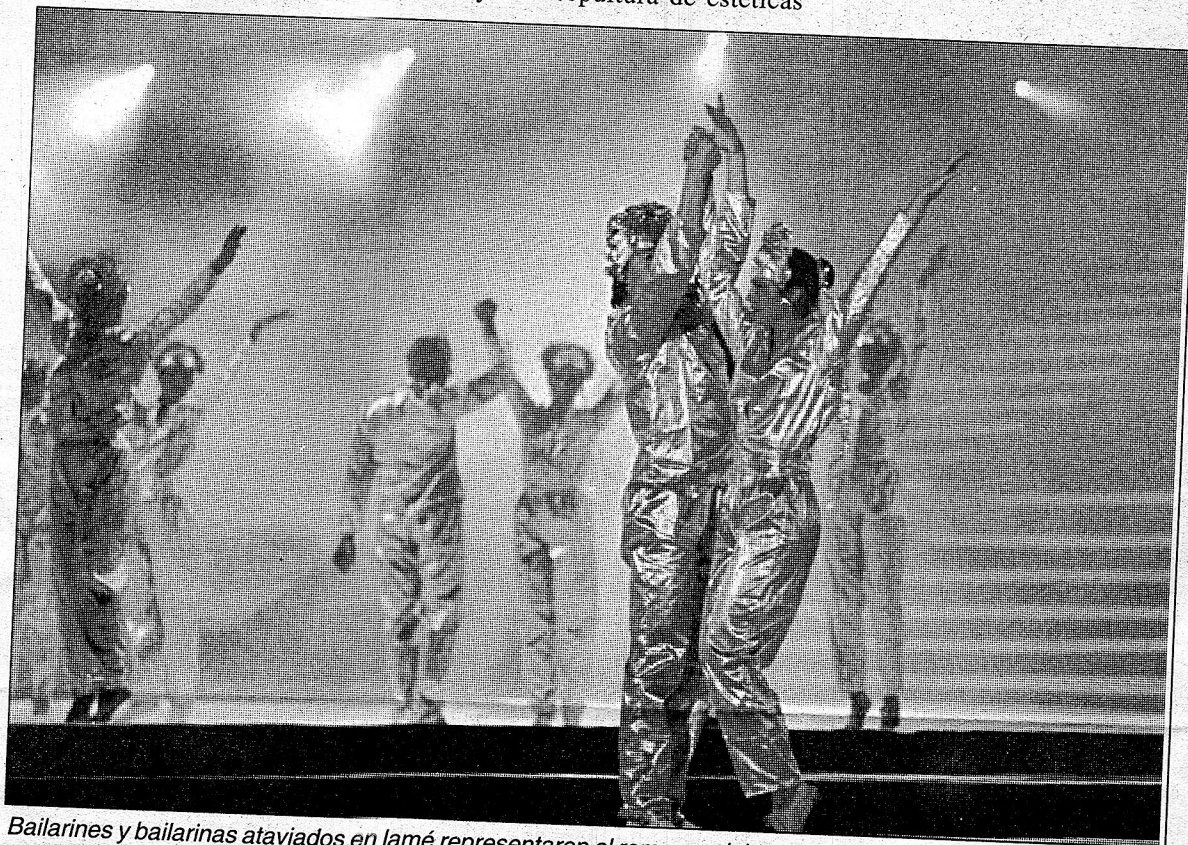
"Alma de vendimias" —así fue bautizada este año— fue realizada con bastante criterio cinematográfico (esto no es definitorio; tan sólo una apreciación de forma). Buscados o no, la estructura del relato, su ritmo, la simultaneidad entre la historia de la vendimia y el auge de distintos ritmos musicales y ciertas dramatizaciones tuvieron mucho del séptimo arte.

El arrancar con una especie de final, la permanente contraposición de tiempos (la no cronología), la fastuosidad desvergonzada de pasajes a lo Tinto Brass (como la bacanal) o a lo George Lucas (como el romance entre el sol y el agua, ensobrado en lamé) son aspectos, algunos más artificiosos que otros, que contribuyeron al rompimiento de la linealidad clásica y a la sepultura de estéticas

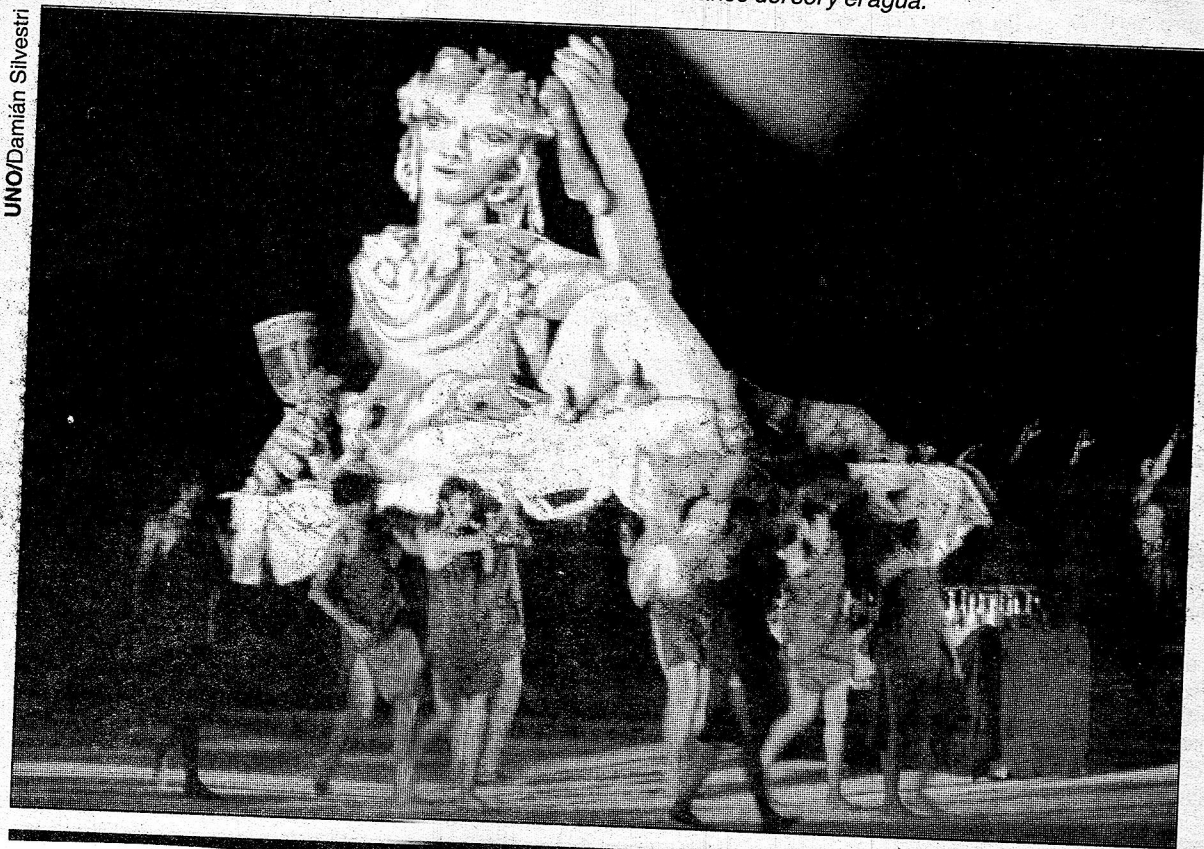


El rap de los lampazos fue uno de los cuadros más festejados y un merecido homenaje a la Mendoza limpia.

UNO/Gustavo Parra



Bailarines y bailarinas ataviados en lamé representaron el romance del sol y el agua.



UNO/Damián Silvestri

ensayadas una y mil veces. Vale.

Claro que también hubo pasajes barrocos, inútilmente recargados, o ceremoniosos, de una solemnidad propia de un cortejo fúnebre, como fue el caso del horrendo cuadro conmemorativo de la gesta sanmartiniana, con un general de almidón que al transportar la bandera con los brazos extendidos se aproximaba más a la momia blanca de los míticos titanes en el ring que a un prócer de su talla.

Es cierto que a la Vendimia, como show visual, se la notó muy recuperada. Poquísimas cosas dieron pie como para el "jesto es de terror!". Pero hubo. El cuarteto del cuadro *La botella y sus amores* se llevó el triunfo en este aspecto. "No, que a la gente le gusta, se prende, se entusiasma, bla, bla, bla..." Tá bien, tá bien, pero marche preso y llévase el triunfo en este aspecto.

Coreográficamente, "Alma de vendimias" denotó un trabajo riguroso, prolijo y aireado, sin embotellamientos. Que tuvo sus momentos de gloria en los cuadros evocativos de los años '50 y '60, que reunieron zamba, chacarera y chamamé; en la resfaloza de Mi corona espera (con una coreografía de una frescura casi infantil) y en el soberbio malambo que estremeció al anfiteatro todo y fue, quizás, lo mejor. En cuanto al rap de los lampazos, se dejó ver, pese a parecer un musical hecho para la RAI, que lo colorido y lo absurdo (no en el sentido beckettiano) terminan por agradarnos después de que hemos despotricado en su contra.

Algo que podría haber lucido aún más fue el tramo en que la bailarina solista se mecía con *El día que me quieras* cantado por Carlitos. Lo etéreo de su cuerpo y danza, a lo que se sumó el halo vaporoso de la bandera que manipulaba, fue interrumpido por un exceso de bailarines que quebraron —pese a los esfuerzos por mantener las luces tenues— el marcado clima intimista que se había logrado. Aún en estas épocas de amuchamiento escénico hay momentos en que una sola persona puede llegar a conmover desde el escenario más grande al público más exigente y heterogéneo.

La idea madre de "Alma de vendimias" será interpretada por algunos como un facilismo y por otros como una originalidad. Así son siempre las cosas en materia de espectáculos populares. Esa idea consistió en realizar una retrospectiva de las fiestas, con lo cual el turista o espectador poco habituado se pudo poner al día sobre la historia de este espectáculo. Pero, realmente, ¿el espectador se puso al día? ¿Fue sumando y relacionando el tratamiento literario a las deslumbrantes escenas que iba viendo? Sin subestimar ni al más pequeño de quienes fueron al Frank Romero Day, creo que no.

O se busca la vuelta para que los libretos tengan cierto rango que les permita luchar de igual a igual contra la parafernalia escenográfica y tecnológica, o hay que abolirlos. Con esto último, se evitarían intrigas sobre el jurado, rencores sobre los elegidos, y algo de sumo interés para la actividad privada: plata.

Pero, que no me digan que, un ser humano normal cuya visión está siendo atravesada por un rayo láser, no le alcanzan los oídos para tanta cueca y tonada, hace ir y venir su cabeza de los cerros a la escena y viceversa, suda con el fervor popular y goza con un magnífico vestuario, puede asimilar cosas como: "Fiesta de las Américas, caleidoscopio de suelos, arena y agua. Escenario de las danas de las olladas del cerro. Vértebra de recuerdos en el salitral dormido. En el Parque Aborígen, danzan las sombras sus chuzas de luna, malón y guitarra. Y el clavel del aire perfuma los odres de mi espíritu fraterno que unifica América"... y sigue.

Si usted, lector-espectador, sabe de alguien que pueda hacerse cargo de tanto, encuéntralo y tráigalo.

El dios Baco llegó en la forma de un enorme muñeco de goma espuma. La escena de la bacanal, fastuosa y desvergonzada, también ganó la adhesión del público.